



LA FAMILIA

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

YA casi no se emplea la palabra familia para designar á los sirvientes de una persona, sino que se la concreta á los miembros salidos de una misma sangre ó á los afines; pero la Iglesia le ha conservado esta significación, y en Roma la familia pontificia comprende á todos los que, en concepto de servidores, están agregados á la persona del Padre Santo.

Ahora bien; nos ha llamado nuestro Señor para que seamos sus servidores, sus familiares; hemos venido para servir á su divina Persona, con exclusión de toda otra ocupación. Comprended bien esta condición esencial de nuestra vocación.

Todos los cristianos son servidores de Dios, pero unos le sirven en el mundo según la ley de los mandamientos, conservando para todo lo demás su libertad; dan á Dios la intención y se reservan la acción, y con tal que la intención refiera las acciones de ellos á un fin bueno, aprobado por Dios, pueden trabajar conforme á sus intereses y según sus gustos:

tienen un fin mixto y trabajan para sí mismos, á la vez que para el cielo, y nada más legítimo. Sólo en ciertos instantes, cuando se trata de la salvación, Dios les manda que le prefieran á los intereses de ellos, y esto ocurre cuando estos intereses pudieran oponerse á su salvación; pues llegada esta ocasión, deben sacrificarlo todo para permanecer fieles á Él.

Pero nuestro Señor escoge en el mundo otra clase de servidores que hacen profesión de no trabajar sino por los intereses de Aquél, y son los religiosos, que reemplazan á los setenta y dos discípulos y á los doce Apóstoles que entre todos eligió durante su vida.

Ahora bien: entre los religiosos unos hay que se alistan en su misión, otros se agregan al servicio de su Persona; los primeros son para difundir su doctrina, los segundos para servirle como á un Rey ó á persona principal. Porque nuestro Señor vive todavía entre nosotros, está en el Santísimo Sacramento para ejercer su realeza y su sacerdocio, y allí es Dios y Hombre. ¿No reclama esta presencia un servicio especial, una corte, una familia cuya sola ocupación sea servir á este gran Rey?

Pues bien: esto es lo que se propone la Asociación del Santísimo Sacramento. Nuestro Señor le ha conferido, por conducto de la autoridad de su Vicario, este fin propio y especial, el de servir á la persona de Jesucristo, de vivir á su alrededor, de componer su corte y acompañamiento, de manera que nunca nos separemos de Él y que nunca se manifieste sin estos servidores, cuyo único objeto es seguirle y servirle.

Él nos ha llamado á entrar en esta familia de sus domésticos, y vosotros habéis venido, prefi-

riendo este noble y hermoso servicio á todos los empleos á que hubierais podido dedicaros para su gloria en su Iglesia; pero aquí todo es para Él; todo por Él y todo de Él; para Él solo debéis trabajar, y dejar para todos los demás los restantes empleos, sin vivir más que de Él y no de vuestro celo y vuestras obras; perdéis vuestro nombre y vuestra personalidad, así como un doméstico, cuando entra á servir á su señor, vuélvese propiedad de este dueño y se pone su librea. Prometido lo habéis, acaso sin saber hasta qué punto os comprometiais: ahora reflexionadlo bien.

Este servicio entero y absoluto ha sido la condición de vuestra admisión, y debe ser la ley de vuestra vida; la perfección de vuestra santidad está en servir; vuestros talentos, virtudes, cualidades y sacerdocio, todo debe confundirse bajo ese nombre de servicio y no ser sino actos de él, pues no sois más que servidores, domésticos, individuos de la familia de nuestro Señor en su Sacramento real.

De buen grado diré que la manera con que place á nuestro Señor que seamos de Él, es semejante á la de los Apóstoles, que también eran, mejor aún que los setenta y dos discípulos, la familia viviente de nuestro Señor en el mundo; sólo que, además de que el servicio personal cesó para ellos al morir nuestro Señor, porque entonces tuvieron que esparcirse para anunciar su reino y fundar la Iglesia, hay entre su servicio y el nuestro otras diferencias que es bueno consignar para que se comprenda mejor cuánto nos quiere nuestro Señor para Él, exclusivamente para Él en su vida eucarística, que sólo con el mundo ha de acabar.

II. Los Apóstoles seguían á nuestro Señor para

ser instruídos por Él, pues eran discípulos de sus ejemplos y doctrina, de los cuales debían penetrarse para repetirlos á la Iglesia y predicarlos por todas partes.

Nosotros no venimos para ser instruídos, sino para servir á nuestro Señor; sólo venimos para darle todo cuanto tenemos y somos; para Él venimos, y no para nosotros. Ciertó que habrá de instruirnos y hasta enseñarnos el modo de servirle, porque ¿quién sabe algo que no lo haya aprendido de la gracia de Jesucristo?—Lo que yo quiero decir es que el fin primero y dominante de nuestra vocación no es venir para adquirir algo, sino para ocuparnos en servir á Jesucristo.

Los Apóstoles seguían las más veces á nuestro Señor en sus misiones, tanto á Jerusalén como á las aldeas de Judea y Galilea; pero en ocasiones Jesucristo se apartaba de ellos y los mandaba también de misión lejos de Él.

En cuanto á nosotros, no podemos separarnos ni un instante de nuestro Señor; es decir, que la Asociación debe estar siempre con El mediante algunos de sus miembros, so pena de faltar á su fin; porque nuestro Señor no puede ser expuesto sin adoradores, y sus adoradores obligados somos nosotros. Así como en el cielo hay ángeles que nunca han sido enviados á la tierra, sino que de continuo rodean el trono de Dios, así debemos cercar siempre su trono eucarístico, pues sólo para eso estamos; de suerte que si la Eucaristía llegase á faltarnos y la exposición no pudiera efectuarse, la Asociación perdería su razón de ser, porque su fin esencial habríase destruído.

Los Apóstoles eran alimentados y mantenidos por

nuestro Señor, y ellos no le alimentaban, sino que este buen Maestro les proveía de lo necesario y con frecuencia hasta los servía.

Mas nosotros le alimentamos y le mantenemos, ya que tenemos el privilegio de darle un trono y adornarle; pues estas flores y luces que de continuo deben adornar su trono y que son como la rica colgadura que quería en el Cenáculo, nosotros se las traemos, y si poseemos algo es en primer lugar para Él, contentándonos con lo que le sobra. Así le damos el medio de manifestar su realeza y de cumplir solemnemente su oficio de Mediador entre la tierra y el cielo y de Embajador de la Iglesia cerca de su Padre.

A esto debemos añadir el ornato interior, la nutrición espiritual, porque nuestro Señor quiere este culto todavía más que el otro; quiere ser alimentado con nuestros actos de amor, fe y reparación; para él son todas nuestras virtudes, y no para nosotros, que debemos ofrecerle todos los actos y méritos de ellas, puesto que es señor y propietario de nuestras almas, y todas las acciones de un sirviente son para su señor.—Si no damos á nuestro Señor este alimento espiritual, le privamos de aquello á que se halla más asido, porque nuestras almas son lo que quiere sobre todo. También espera de nosotros su gloria, que debemos procurarle por cuanto podamos hacer, sobre todo por la fidelidad y el recogimiento en su servicio, porque el buen comportamiento de los servidores cede en gloria de su dueño.

Aquí tenéis en qué difiere del de los Apóstoles nuestro servicio respecto al Señor, sin embargo de lo cual nos ofrece las principales ventajas de aquél, si acertamos á recogerlas; oid cuáles son.

III. Los Apóstoles llegaron á ser los amigos y confidentes de nuestro Señor, que no tenía secretos para ellos: «Os llamo mis amigos, y no sólo servidores míos, puesto que todo cuanto de mi Padre he aprendido os lo he dado á conocer.»

Relata el Evangelio algunas de estas confidencias que hacía únicamente á ellos, que aunque sin duda recibieron muchas otras, guardáronselas para saborearlas en su corazón.

Pues bien: ¿no nos revela nuestro Señor sus secretos en la vida de adoración?—Si no los entendéis, vuestra es la culpa, por no escucharle; pero tenéis á ello un derecho real que proviene de vuestra familiaridad con Jesús. En cuanto á los secretos que quiere comunicarnos, más dulces son y más íntimos que aquellos mismos que confió á los Apóstoles, porque aquí se verifican de corazón á corazón, sin pasar por los sentidos. — Muchos de estos secretos permanecieron ocultos para los Apóstoles hasta la Pentecostés, pero habiendo venido el Espíritu Santo que se extiende sobre la Eucaristía y habita en este Cenáculo de amor, nada puede retardar el que se nos abran todos los secretos de nuestro Señor, nada que no sea nuestra propia infidelidad.—Pero si fuésemos fieles, recibiríamos más íntimas comunicaciones que los Santos, pues cuando se habita con alguno, siempre se acaba por saber todo lo que piensa; lo que únicamente se necesita es una fidelidad continua é insistente. Hay que perseverar en la unión con Él. Santa Magdalena de Pazzis se dispuso una celda en la tribuna de la iglesia con el objeto de no separarse nunca de nuestro Señor: así es como los Santos acabaron por saber todos los secretos de su Corazón.

Sed interiores, asiduos en la conversación con Jesús, y sabréis sus secretos. La cohabitación concluye siempre por vencer todas las resistencias, así en lo bueno como en lo malo.

Mucho tiempo estuvo Sansón sin revelar su secreto; pero tomó mujer entre los filisteos, y como la costumbre de vivir juntos disipa todos los velos, dejóse poco á poco sorprender, y de ello se originó su perdición.

Si fuésemos hombres de bastante adoración, tocaríamos como con el dedo el corazón de nuestro Señor y leeríamos en su alma. ¿No sentís nada cuando, preparados y purificados por algunos sacrificios, venís á la adoración? ¡Qué pronto pasa entonces la hora! Es el Tabor en que Jesús se revela á vuestra alma silenciosa, y enajenada de alegría y felicidad; entonces no tenéis necesidad de palabras, pues Jesús os habla bastante; vosotros nada decís, y oráis de un modo sublime.

En eso consiste vuestro lote de adorador: ¿por qué no lo explotáis más? Por lo cual os digo con frecuencia: orad por vosotros mismos, por vuestras gracias y vuestros corazones de adoradores; dejad, por consiguiente, un poco todos esos libros de devoción, á no ser que el sueño ó la pereza os impidan orar. Aprended vuestro oficio, cuál es vuestro derecho de adoradores y acercaos á nuestro Señor valiéndoos de vuestro título y condición de familiar de la casa.

Los Apóstoles fueron además los herederos de nuestro Señor, pues de él recibieron el precio de la redención para distribuirlo por el mundo, los frutos de su sangre, sus Sacramentos, el poder de su palabra, la infalibilidad de su doctrina y la gracia de sus milagros, y hoy son los herederos de su gloria en el

cielo.—Pero también fueron los herederos de sus padecimientos y de su muerte.

Digo que nuestro Señor quiere darnos todo esto en orden á nuestra vocación. No tenemos que conquistar el mundo para la fe; nuestra misión se relaciona con el estado sacramental de nuestro Señor. Debemos ser los apóstoles, ministros é instrumentos de la Eucaristía, y así como los Apóstoles recibieron la gracia de predicar la cruz, nuestro Señor nos da la gracia de predicar la Eucaristía, que debe ser nuestro centro de vida, nuestro poder de acción y de apostolado. ¡Sería de desear que si prensasen á un religioso del Santísimo Sacramento, la presión diese por resultado una hostia!—Nuestras gracias eucarísticas son en primer lugar para nosotros, y después para el mundo: por eso exponemos al Santísimo en las ciudades para que le vean y acudan á adorarle.

Debemos predicar la Eucaristía con nuestros escritos, obras y palabras, y nadie debe hablar de la Eucaristía mejor que nosotros, que somos sus religiosos. ¿Quién habló mejor de nuestro Señor que los Evangelistas? ¡Como que habían vivido con Él!

Pues bien, nadie debe hablar más ni mejor que nosotros de la Eucaristía, sin que convirtamos esto en título de gloria, porque es nuestro oficio, y espero que así sucederá.

Yo no comprendería que un religioso del Santísimo Sacramento quisiese sobresalir en otra ciencia que en la de la Eucaristía; pues nuestro estado es la Eucaristía; y si no sabemos aplicarla á todo, no tenemos la ciencia de nuestro estado.

¿Se desconoce la Eucaristía y no la predicán? Quéjense de ello los fieles, y aguardan á los que ha-

brán de distribuirles esta palabra de verdadera vida. Si no se la predica, es por que el corazón no la conoce; si los predicadores la adorasen más, más también la predicarían, y sin embargo, no hay salvación sino en Jesucristo presente entre nosotros.

En cuanto á los que no sois presbíteros, hermanos míos, pero que sin embargo sois también adoradores, debéis conversar unos con otros del Santísimo Sacramento y de lo que se refiere á su honor; hablar de él en presencia de los extraños, predicarle en cierto modo en vuestras conversaciones: ¿qué artifice no habla siempre de su arte? Como San Pablo no quería saber más que á Jesús, y á Jesús crucificado, así todos nosotros no debemos saber otra cosa que el Santísimo Sacramento; pues no siendo así, no estaríamos en la plenitud de nuestra gracia. Recordad que estáis llamados á incendiar los cuatro ángulos del mundo con la centella ardiente de Jesús expuesto en los altares.

¿Y los milagros? Los haréis espirituales, pues curaréis las almas con la virtud de la Eucaristía. ¡Oh cuán poderosa es para conmover, convertir y ganar las almas más alejadas de Dios! Pero aprended á aplicarla, enseñad su bondad, haced salir de ella el jugo saludable y toda su virtud para curar con ella las almas, ya que en la Eucaristía tenéis el remedio único y supremo, como dice la Iglesia en la poscomunión de la fiesta de Santa María Magdalena.

También tenéis á nuestro Señor para curar los cuerpos, pues unguento divino es que sana todas las llagas. ¿No se escapaba de su santa humanidad una virtud que curaba toda languidez? Bastaba tocarle para quedar curado. Pues bien, su poder no ha

disminuído, y su contacto es siempre saludable de igual modo.

¡Os diré yo que esta lamparilla que arde delante del Señor nunca ha dejado de curar á los que en sus enfermedades se han untado con su aceite, que es fe y amor?...

Dios nos libre de esos milagros en que se ve la mano del hombre, pues entonces convendría escondernos, por temor de que se nos adorase más que al Maestro. En cambio, si tenéis fe en Él, haréis milagros por Jesucristo, por su Sacramento, pues hay que obligar á nuestro Señor á que se manifieste gloriosamente, á fin de que todos sepan bien quién es el que por mayor amor se oculta tras esos velos.

Dios nos preserve también de esos predicadores reales é ilustres, capaces de llenar el mundo con su fama; pues tales personas permanecerían extrañas á la ciencia del Santísimo Sacramento y balbuciendo hablarían de la Eucaristía.

La ciencia del Santísimo Sacramento bastará siempre á vuestras predicaciones, pues nunca se agota. Estudiadla, servidla bien, amadla generosamente y todo lo hallaréis en la Eucaristía: la palabra de fuego, la ciencia y los milagros.

Sí, también los milagros. — Nadie ha sido hasta ahora recomendado al Santísimo Sacramento que no haya recibido la gracia que solicitaba: nuestro Señor cumple su palabra. — El primer día que le pusimos sobre su trono le pedimos que lo que había concedido á Salomón para el templo, se dignase concederlo á sus santuarios, á fin de conseguir que le conocieran y atraer á Él todo el mundo.

Le hemos dicho: «Honrad este lugar con la manifestación de vuestra gloria y bondad para que todos

acudan á él, y haced que ninguno de los que allí entraren á solicitar una gracia, se aparte sin ser atendido.» Por lo que á mí toca, todavía no conozco una repulsa de nuestro Señor.

Por último, los Apóstoles recibieron la promesa garantizada del reino de los cielos: todos murieron mártires. Pocos han sido los mártires del Santísimo Sacramento, tales como el joven Tarsicio, en los primeros siglos, y los mártires de Goreum; mas espero que los habrá.

De cualquier modo, habrá mártires de amor. Mi idea es que debemos morir sobre el reclinatorio, á los pies de nuestro Señor; pues el que caiga ahí será bien acogido en el cielo, donde al entrar no hará otra cosa que cambiar el servicio de gracia en la fe por un servicio de gloria en la plena posesión. ¡Cuán dichosos debemos ser, por consiguiente, con vocación tan santa! Nosotros reemplazamos á sus Apóstoles alrededor de su Persona, y parece que recibimos mayor cantidad de gracias y que es mayor la efusión de bondad. — Estamos agregados á Él como servidores, sin los cuales no da un paso, pues en su amor ha decidido depender de nuestros cuidados y presencia.

Enseñaba San Pedro á los judíos el Calvario, humeante todavía con la sangre de Jesucristo, y nosotros mostramos el Santísimo Sacramento, lleno de vida y de amor para los hombres, y lo damos á todos.

Los Apóstoles no podían mostrar como nosotros la Eucaristía, y hasta la ocultaban entonces á causa de las persecuciones, pues no era llegado su tiempo. Había que conquistar el mundo por la cruz de Jesucristo antes de levantarle un trono donde reinar. Pero hoy quiere manifestarse y reinar en todos la-

dos: es que se inaugura la edad de la Eucaristía. ¡ Ah! Pedid al Santísimo Sacramento la propagación del reino de Jesucristo; rogadle que se forme servidores y apóstoles para su reino de amor, á fin de que pronto sea conocido, amado y servido de todos. *Adveniat regnum tuum!*



EL AMOR

PRINCIPIO DEL COMBATE ESPIRITUAL

QUÉ es necesario hacer para ser enteramente de nuestro Señor y progresar en su servicio?

Responderé con una palabra: hay que combatir por amor en favor de Él, y con la energía de este amor, contra todo lo que se oponga á su reino y vida en nosotros.

I. El hombre encuentra dos leyes frente á él: el amor de Dios y el amor de sí mismo: estos dos amores se hacen interminable guerra, y hay que obedecer á uno de los dos; es preciso elegir entre uno ú otro: la indiferencia es imposible.

El hábito de una vida virtuosa no acaba el combate.—Somos como una balanza; mientras más nos santificamos y nos elevamos hacia Dios, más combatidos somos por el amor propio y atraídos hacia abajo.

Habéis escogido el amor de Jesucristo; pues bien, es necesario que sea vuestra ley, vuestro modelo, vuestro centro, vuestro fin. Para vivir para Él, hay que vivir de Él y por Él.